

La sociedad feudal

Robert Fossier

Editorial Crítica, 1996, 504 págs.

Sólo en 1996 ha visto la luz en castellano esta excelente obra de uno de los más rigurosos medievalistas franceses, el recientemente retirado profesor de la Universidad de París I. Esta obra le representa bien, pues ha dedicado una vida académica al estudio de la sociedad medieval, especialmente aquella de los siglos centrales del medievo, los siglos X-XIII. En efecto, desde su *Thèse d'Etat* titulada *La terre et les hommes en Picardie jusqu'à la fin du XIII siècle* (Paris-Louvain, 1969, 2 vols., reed. en Amiens, 1987), el profesor Fossier ha publicado varias obras de gran jerarquía, como esos dos tomos de incalculable valor histórico e historiográfico *Enfance de l'Europe. Aspects économiques et sociaux*, vol. 1: *L'homme et son espace* y el vol. 2: *Structures et problèmes* (Presses Universitaires de France, Paris, 1982) editado en castellano por Editorial Labor, Nueva Clio, vol. 17 y 17bis, 1984. También esa pequeña obra de gran vuelo *Paysans d'Occident (XI-XIV siècles)*, P.U.F., París, 1984, traducido por Crítica al año siguiente. Por último, la dirección de una obra de síntesis en tres tomos titulada *Le Moyen Âge* en 1982, editada en castellano por Crítica en 1988 (3 vols.), donde no sólo dirige la orientación de los distintos capítulos escritos por otros colegas, sino que él mismo se encarga de varios de ellos. Esta última obra debe ser considerada como uno de esos trabajos que tendrán vigencia durante varios años, puesto que se trata de una puesta al día respecto de variados aspectos de la cultura medieval.

La obra que presento es también una síntesis, un muy buen manual universitario, que yo me atrevería a destacar como superior a lo que se espera de un manual. Se encuentran en él grandes cuestionamientos respecto de la forma de concebir el estudio del pasado medieval, tanto que corregir, tanto que desprejuiciar, tanto que volver a estudiar. A cada paso se van señalando las pruebas y las interpretaciones, los datos y el contexto; en cada capítulo sobrevienen preguntas al lector para que encauce su visión hacia una sociedad con valores similares a los

nuestros, pero también tan diferentes. A cada paso, se adelanta a nuestros prejuicios, a nuestros "anticipos" producto de una deformante e ignorante educación, prepara la inteligencia y el sentimiento del lector para llegar a comprender con realismo y humildad, a hombres sumidos en toda clase de temores, no del todo diferentes en lo esencial a los del hombre del siglo XX. No pretende ser una obra de erudición, como *La infancia de Europa*, sino una presentación de estilo general aunque con las referencias puntuales necesarias para que adquiriera la categoría de una obra científica. Sin duda, es una obra producto del esfuerzo científico de un historiador erudito, estudioso, riguroso y con estilo.

Así, en ninguna civilización puede concebirse el estudio de la sociedad sin apelar a todos los sectores de la actividad humana: la economía, las estructuras políticas, la vida cotidiana, las formas de pensamiento, la espiritualidad, los modos de expresión, todos ellos son parte de la sociedad y la definen. Por otro lado, si se advierte que la sociedad estudiada aparece estrechamente dependiente de la economía y de lo espiritual, como era el caso del Occidente cristiano-medieval, es inevitable que su estudio adopte una clara característica globalizante y de síntesis. Era y es la actitud justa para una obra de alto vuelo intelectual sobre un horizonte histórico y geográfico inmenso y variado.

Esta obra se esfuerza por abarcar todas las formas de la vida colectiva donde se revelan elementos públicos y privados que sostienen la marcha de la sociedad sobre el vasto panorama cronológico, que abarca desde los primeros resquebrajamientos de la autoridad romana hasta la explosión de los tiempos "modernos" en pleno siglo XVI: la contracción (c.320-c.920), la distensión (c.920-c.1270) y la aceleración (c.1270-c.1520). De este modo, se encontrarán los problemas provocados por las estructuras de la familia, las condiciones del hábitat y de la vida de todos los días, la influencia de las reacciones psicológicas o religiosas sobre el comportamiento de los hombres, el contexto en que se producen y desarrollan las situaciones jurídicas o políticas, los marcos que abrazan los reagrupamientos, la libertad y poder, la riqueza y el dominio.

La evolución general de la presentación de la sociedad medieval lleva al historiador desde un estadio de contracción interna donde se compenetran lentamente los mundos mediterráneo y nórdico, hasta un especie de sosiego —o "distensión", como llaman los especialistas— seguido de una aceleración que es la base de la civilización europea, y por extensión también la nuestra. Esta visión se ha construido en base a los numerosos y recientes aportes de la investigación histórica contemporánea, especialmente en los campos de las mentalidades, del derecho o de la arqueología, porque la incesante empresa del trabajo científico en el campo de la historia no conoce descanso ni transición, día a día y sin tregua renueva el bagaje de nuestros conocimientos. Estos últimos son —y esto es en verdad lastimoso en nuestro medio chileno— casi completamente desconocidos, puesto que nos hemos quedado sumidos en una imagen del medievo producto de la historiografía decimonónica, ampliamente superada, pero que persiste en numerosos manuales de uso escolar, imposibles de erradicar o al menos corregir.

La importancia de este texto radica en la principal debilidad de la historia social de la Edad Media, que no es la imprecisión de los términos, el origen parcial de los documentos ni su desigual distribución, sino la gran insuficiencia de inves-

tigaciones realizadas hasta ahora. Puede llegar a decirse, como lo hace el propio autor, de que esta historia está en pañales (*infance*). Este retraso comparado con otros períodos históricos se explica bien porque el investigador presta más atención a otras llanuras de estudio, más favorecidas por la documentación y, por lo mismo, de contornos más claros. Así la economía, la sensibilidad religiosa y la política presentan mejores condiciones para ser abordadas, y en cambio, lo social, tiene la apariencia de un decorado de fondo.

Por otra parte, ha sido difícil para la historiografía medieval superar el peso que durante mucho tiempo impusieron los historiadores del derecho al estudiar la sociedad de la Edad Media; particularmente notorio fue la impronta de la historiografía alemana que dejó una huella profunda en la forma de mirar el medio: evolución de las instituciones, de las leyes, la codificación, el régimen de estamentos, las obligaciones, los contratos, "condición de personas", "condición de bienes", etc., han servido para clasificar a grupos de hombres en los encajonamientos que los juristas han "imaginado". Distancia hay entre lo que quiere el príncipe y la vida diaria, y esta realidad no implica un desprecio por el derecho como si su estudio careciera de interés para el conocimiento de la sociedad, pero —como dice el autor— el hábito no hace al monje.

Todas las lagunas documentales que en el estado actual de las investigaciones resultan insalvables, serán esclarecidas cuando se puedan aprovechar razonablemente todas las posibilidades que brindan las técnicas modernas, en la elaboración de estadísticas sistemáticas de los términos, comparándolos, apreciándolos, con vistas a una explotación cuantitativa de las fuentes económicas o sociales, y sólo así podrá descubrirse una imagen más nítida y real de la sociedad medieval, fundamento de la modernidad. Por el momento, como asevera Robert Fossier, todos los intentos tendrán un aire de timidez y un cariz incompleto, es decir, siempre quedarán en el nivel de las hipótesis, cada vez más coherentes y creíbles, pero también, sujetas a revisión y cuestionamiento por otras que vendrán después. Precisamente a este nivel es que el autor define finalmente esta importante obra: una hipótesis.

Luis Rojas Donat